

Martin Jay

Campos de fuerza. Entre la historia intelectual y la crítica cultural

Buenos Aires, Paidós, 2003, 350 páginas

Entrecruzamientos de sofisticada erudición

Con una década de atraso, Paidós resolvió publicar la excelente traducción de Alcira Bixio de *Campos de fuerza*; probablemente, la decisión obedece a un creciente interés por este tipo de obras –digamos que eclécticas– entre un público académico hispanoparlante que, en el ínterin y por referencias o lecturas en su idioma original, ha ido reconociendo el nombre y las medidas hipótesis de Martin Jay. Si el lector lo desconocía, de la lectura de *Campos de fuerza* saldrá reparado: Jay cita puntillosamente todas sus obras y opiniones anteriores, e incluso dedica unas treinta páginas a discutir una de sus más conocidas tesis. En cuanto al hecho de que la edición sea argentina, no debería inducir a falsos orgullos: no se trata de que Buenos Aires haya vuelto a ser la principal fuente propagadora en español de ideas formuladas en otras lenguas, como lo era hace medio siglo, sino que se ha tornado la plaza más económica para imprimir libros que, en su mayoría, se embarcan a buscar sus adquirentes/lectores en otras latitudes.

Martin Jay es un reconocido especialista en la Escuela de Frankfurt, que ha abordado desde una perspectiva algo

inusual entre nosotros: la de la historia intelectual, que no es exactamente equiparable a la historia de las ideas. Simplificando, podría decirse que la historia intelectual pone tanta atención en las ideas como en sus emisores y receptores, lo que la ubica constantemente al borde del abordaje multidisciplinario. Jay no rehuye esta expansión, lo que resulta meritorio en un académico norteamericano; como se sabe, sus colegas suelen trabajar sus parcelas con espesas anteojeras, no sea que se les filtren pajas de otros campos. Por el contrario, Jay nos invita a asistir al entrecruzamiento de su territorio teórico con el propuesto por la crítica cultural. Y lo hace en trece ensayos de naturaleza y vocación abierta, aun cuando concedan ante el estilo monográfico en uso, y se preocupen –a veces hasta el absurdo– en señalar quién formuló primero una idea, y en qué contexto lo hizo.

Sólo algunos de los ensayos proclaman desde el título sus contenidos; así el referido a las perspectivas de Carl Schmitt y Georges Bataille a propósito de la soberanía, el del parangón entre Agnus Heller y Hannah Arendt, el que trata sobre Habermas y/contra los posestructuralistas o el relativo a la influencia de los traslados físicos de la Escuela de Frankfurt en la producción de

sus investigadores. En los otros casos, bajo títulos de fantasía encontramos inteligentes disquisiciones –bastante libres– a propósito de la estetización de la política, la desbordada capacidad de imaginar, la ética (pos)estructuralista, los problemas de lo que Jay llama el ocularcentrismo –o la mirada en la modernidad–, los grandes nombres o la supremacía de los textos en sí. Fueron escritos entre 1985 y 1991, y presentados en distintos simposios académicos; las preocupaciones que motivaron los ensayos reconocen origen común, pero a veces son abordadas desde muy cerca y a veces con visiones panorámicas, lo que resulta interesante pero no acaba de otorgarles la coherencia de un texto común.

La idea del campo de fuerza –que da origen a un título no siempre justificado– es retomada de Walter Benjamin, quien se valió de ella para ejemplificar cómo cada circunstancia o momento de lo humano representa una forma de conflicto entre su prehistoria y su poshistoria. Adorno mismo alguna vez la usó. Con alguna inocencia, Martin Jay sostiene que él viene haciendo un uso patrimonial del concepto desde 1981, y que incluso Derrida había empezado a emplearlo. Esta precisión es oportuna porque *Campos de fuerza* declara ser un intento de relevamiento de las formas en

que cierta intelectualidad norteamericana estaba absorbiendo –sólo a comienzos de la década de 1990– el “reciente” pensamiento europeo-francés, principalmente los aportes de Bataille, Foucault, Kristeva, Derrida y el tan controvertido De Man. En ese aspecto y pese a toda su erudición, para el lector latinoamericano el libro resulta poco novedoso; como se sabe –y tal vez como efecto colateral positivo de nuestra casi irremediable aculturación–, fuimos la primera esponja en absorber el posestructuralismo.

Martin Jay reconoce que sus estudios sobre la Escuela de Frankfurt son fruto de su atracción por el llamado “marxismo occidental”, algo que con la caída del Muro de Berlín y del supuesto marxismo oriental ha perdido sentido como categoría de análisis (todo marxismo ha pasado a ser occidental, que es lo que siempre fue). En ese terreno, Jay se mueve con cómoda soltura, al punto que lo mejor del conjunto de ensayos está atravesado por ese sólido saber. Cuando se concentra en ello –en el primer trabajo, por ejemplo– surge toda la utilidad de su instrumento de la paráfrasis sinóptica como reconstituyente de racionalidad comunicativa. En el periplo entre Frankfurt, Nueva York, California y nuevamente Frankfurt, el famoso Instituto de Investigación Social va dejando sus entrañas a la vista, que Jay enumera metódicamente: marxismo hegeliano, modernismo estético, autoconciencia judía, psicoanálisis, racionalizaciones a la Weber, posestructuralismo, mandarinismo cultural. Este

aspecto es propicio para el acercamiento desde la historia intelectual, pues sirve para comprender el porqué de la tan cuestionada asepsia política –o desinterés– y las formas tan disímiles de vivir el marxismo intelectual –y la vida– de Horkheimer y Benjamin, por poner ejemplos extremos de una gama en la que entran Adorno, Marcuse, Fromm y luego Habermas, por sólo citar los nombres más ilustres. No hay explicación unívoca, y Jay se ocupa de refutar la teoría del “milagro” de ese marxismo crítico, como función, por ejemplo, de la condición moderna de Frankfurt –de la que se decía que era “la primera ciudad del siglo XX”, la *polis* de nuestro tiempo–: la generación de pensamiento crítico continuó en el completo aislamiento neoyorquino, en los páramos californianos, en la Frankfurt-Plan Marshall de posguerra.

Los dos últimos ensayos –a propósito de los “grandes nombres” y de los enfoques textuales– son los más fuertes, pues vuelven a poner en tensión las posibilidades de la historia intelectual, a la par de representar cabalmente la metáfora del campo de fuerzas. Oportunamente, Jay nos recuerda que fueron precisamente los grandes nombres quienes de manera más tenaz –y estéril– se opusieron a su asimilación con las ideas que hicieron emerger. Explícitamente, Sócrates/Platón lo hacen en *Fedro*. Luego comparte la refinada observación acerca de que, tradicionalmente, en el arte la obra puede estar ligada con el nombre, pero en la ciencia no. Esta tradición se compacta con

el positivismo científicista, que opera incluso en un inconsciente prevenido –si los hubo– como el de Freud, desesperado ante la idea de que el psicoanálisis se transformara en freudismo (como se transformó), o en la hastiada declaración de Marx acerca de que él, al menos él, “no era marxista”. El temor era la puesta en duda de la imparcialidad y la neutralidad de los procedimientos usados para establecer una verdad. Ahora bien, se pregunta Jay: ¿cómo llegar a una forma de justificación que no opere convocando autoridades? Comprueba que, más allá del atractivo de las fórmulas, no se ha producido la muerte del autor proclamada por Foucault y Barthes. Siguiendo a La Capra, nos propone que, al menos, escindamos al autor de sus comentaristas para de ese modo evitar incorporar todo un canon que bien puede resultar espúreo. La búsqueda es la de la representación autonomizada de las ideas, pero reconociendo que en nuestra tradición humanista hay inevitablemente huellas del interés personal.

En cuanto al enfoque textual –en tanto opuesto a la interpretación contextual propia de toda forma de historia social–, Jay comienza introduciendo la hermenéutica –tan francesa– de la sospecha: ni por la intención autoral, ni por el contexto cultural de producción ni por la nuevas teorías de la recepción se arriba a algo parecido a una interpretación segura. Hasta aquí, estamos ante la forma en que Jay absorbe “el giro lingüístico”. Lo que lo asombra es el intento de derrumbar toda separación entre texto y

contexto, el rechazo a toda causalidad entre uno y otro, a toda prioridad valorativa. El texto deja de tener interior y exterior, lo que resulta sugestivo, pero amenaza con hacer desaparecer el mismo texto. ¿Cómo entender el famoso “no hay nada fuera del texto” de Derrida? ¿Qué decir ante la afirmación de Ricoeur acerca de que “toda acción humana es un texto”? Nada, o tomarlos en serio pero como estímulos y condicionantes de lectura, límites de interpretación: aceptar que la historia de las ideas se transforme en historia de los significados, aceptar una circularidad dialéctica donde se va del todo a la parte y viceversa. Estar atentos a la “historia de los efectos” de un texto de la que nos hablaba Gadamer, estudiar las tradiciones de lectura tanto –o más– que los mismos textos. Comprobar, desde luego, que no hay observador neutral ni objetivo, que el observador es un instrumento donde –en principio, casi por regla– se reconstruyen mal texto y contexto. Sin embargo, Jay nos propone resistir críticamente la expansión de la intertextualidad culturalista y su fusión dialógica de horizontes, con los que la antropología nos lleva a “leer” toda cultura como si

fuera un texto. Aceptemos, más bien, que el texto se refiere a algo diferente de sí mismo, algo interpretable como significante de la significación. Busquemos el hipotexto, internalizado pero exterior al texto en cuestión. Si hay salida a tanto dilema, es por vía del reconocimiento de la naturaleza alegórica del texto, un antiguo señalamiento de Benjamin; lo alegórico visto en oposición a lo simbólico, como reconocimiento de que dice una cosa y significa otra. Y afrontar la ira de los dioses, la penosa sensación de deuda y culpa; aceptar, hasta cierto punto, que los “vivos” usen a los “muertos”.

Como se ve, estas disquisiciones ajenas tienen su interés, porque ajenas no es lo mismo que excluyentes. Con la osadía propia de eternos deudores externos, bien podemos incorporarlas a condición de que las pongamos en diálogo con lo propio; no faltan entre nosotros quienes a la distancia –y sin haber estado quizás nunca en Frankfurt– han estudiado a Adorno, a Frankheimer, a Benjamin (con jota y entonación aguda). Martin Jay trabaja en una tradición en la que el espíritu científico –aun múltiplemente controvertido– se equipara con la ética protestante; entre

nosotros no cabe semejante simulación, pues sin remedio somos sociológicamente católicos. De los –nada menos que– seiscientos treinta autores que cita, apenas hay marginalmente seis españoles y ni un latinoamericano (¡ni siquiera, por concesión a las modas, nombra a Borges!). Nuestra convicción es que no son ésas las relaciones de los “campos de fuerza” de nuestras culturas, y que reflejan el prejuicio de que estos trópicos –por debajo del Río Bravo todo lo es, hasta la Patagonia– están reservados a las mulatas pasionales, los malabaristas del balompié y los febriles compositores del realismo mágico. Para nuestro consuelo, el anglocentrismo es tal que cualquier estudioso germano que quiera satisfacer medianamente su narcisismo debe olvidarse del idioma de Goethe y aprender de apuro uno que, ay, ya no es el de Shakespeare. El libro de Martin Jay nos sirve, pero, como quien dice, *a condición de*. Al pensamiento crítico, por pura consecuencia, debemos leerlo críticamente.

*María del Carmen
Cabrero
UNS*